

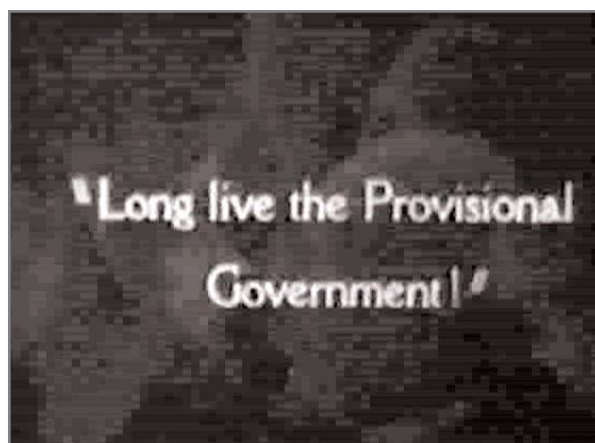
reseña

## *Un manifiesto para el siglo XXI*

por Montserrat Galcerán\*

El último libro de Vandana Shiva, titulado *Manifiesto por una democracia de la tierra. Justicia, sostenibilidad y paz*, abunda en los temas habituales a los que ha dedicado su atención, pero los amplía y desarrolla. Incluye unos llamados *Principios de la democracia de la tierra*, en los que, en 11 puntos, se recogen las tesis centrales para defender a todas las especies, pueblos y culturas que pueblan la tierra, asegurando su mantenimiento y garantizando el acceso a todos los recursos vitales. Esos principios articulan “un movimiento político emergente (la Democracia de la Tierra) de defensa de la paz, la justicia y la sostenibilidad” (p. 11).

El libro está dividido en tres partes principales tituladas respectivamente: Economías vivas, democracias vivas y culturas vivas y finaliza con un comentario global sobre los movimientos que pueden adscribirse a esa perspectiva. El análisis parte de la denuncia de la privatización de los espacios comunes como camino para la privatización de recursos, que amenaza y precariza la vida de los más pobres. Uno de los primeros ejemplos, y de los más conocidos, lo encontramos en el incipiente capitalismo inglés, tan acremente señalado por C. Marx en *El Capital*. En un proceso histórico no demasiado largo los primeros capitalistas lograron cercar las tierras comunales, expulsando de ahí a los campesinos y transformándolas en pastos para las ovejas cuya lana alimentaba la incipiente industria textil inglesa. Los *commons* (tierras comunales o ejidos) fueron privatizados *como si no pertenecieran a nadie, como si fueran terrenos baldíos*, olvidando que en su mayor parte eran fuente de recursos para familias que vivían de su agua, de la leña que recogían en sus bosques, de los frutos naturales que allí crecían o de los pastos que alimentaban a sus magros animales. Este proceso excluyó a las gentes que hasta el momento vivían de ese entorno y las convirtió en desplazados, futuros migrantes y mano de obra asalariada en cualquier rincón del planeta; simultáneamente sancionó el paso de esos terrenos, antaño comunes, a manos privadas que los convirtieron en fuente de negocios orientados al mercado. Se trata pues de un proceso que sustituye una economía del sustento y de la naturaleza por una economía del mercado que sólo subsidiariamente logrará



\* Comentario al libro de VANDANA SHIVA, *Manifiesto por una democracia de la tierra. Justicia, sostenibilidad y paz*, Barcelona, Paidós, 2006.

satisfacer determinadas demandas y, lo que es tanto o más grave, se acompaña por un proceso de “cercamiento de las mentes o de la imaginación” en cuya virtud tales cercamientos son percibidos como progreso humano universal y no como “crecimiento de los privilegios y de los derechos excluyentes de unos pocos a costa del desposeimiento y el empobrecimiento de muchos” (p. 29).

Esa práctica, consustancial al capitalismo, se extendió a las zonas colonizadas como la India, de donde procede la autora. Allí el cercamiento de las tierras comunales que empezó con el primer colonialismo y sigue en la actualidad por mano de las empresas globalizadas, amenaza a los campesinos pobres y, lo que es igual o más grave, arruina la agricultura de sustento que sustituye por una orientada hacia la exportación. Como resultado desaparecen gran cantidad de cultivos cuya diversidad es sacrificada en aras de una agricultura uniforme, dominada por las grandes empresas de la industria agro-alimentaria. En especial compañías como Monsanto – que acumula, según la autora el 94 % del negocio de los organismos modificados genéticamente – Vivendi, Coca Cola y otras.

Es importante saber esas cosas. Saber por ejemplo, que esas inofensivas latas de coca-cola que se alinean en los estantes de los supermercados han sido elaboradas en la India con parte del agua que sustraen a las comunidades pobres. Las licencias de embotellado permiten a las empresas usar los recursos hídricos de la zona, a la que sobreexplotan perforando más pozos de los permitidos y agotándolos uno tras otro. Las cifras son espeluznantes. Baste un ejemplo, el de las mujeres de Kerala, - una zona en la que Coca-Cola había instalado una planta de embotellado,- que libraron una larga batalla hasta que consiguieron echar a la multinacional. La empresa extraía tal volumen de agua que el nivel freático empezó a descender, desde los 45 hasta los 150 metros por debajo de la superficie del terreno, secando los pozos tradicionales y consumiendo el agua necesaria para los habitantes y las cosechas. Al tiempo, se abandonó material de desecho en el exterior de la planta, cuyos residuos se filtraron en la estación húmeda, contaminando los arrozales, los canales y los pozos. Las autoridades sanitarias declararon que el agua de la zona no era potable, cosa que las mujeres ya sabían pero necesitaron dos años de sentadas ante las puertas de la planta, de manifestaciones, ultimátums por parte de las autoridades, pleitos y demandas para que finalmente el gobierno decretara su cierre. Eso en una sola planta, quedan otras 76 extendidas por todo el país, dice la autora, y vete a saber cuántas más desperdigadas por todo el mundo, con efectos posiblemente igual de letales.

Ese proceso es lo que denominamos *globalización*, puesto que éste no es más que el inmenso proceso de cercamientos, de privatización de recursos comunes, incluyendo muchos que “no son mercancía”, tales como el aire, el agua, el mar, los bosques, el conocimiento,...; no son mercancías y, a la vez, son de tal importancia para la vida, que deberían hallarse a disposición de todos, no pudiéndose privatizar ni para usos personales ni para usos comerciales. En este punto V. Shiva coincide con el conocido geógrafo marxista D. Harvey, para quien los mecanismos de explotación en el sistema capitalista incluyen no sólo la explotación por asalarización sino también la que se da por desposesión. La segunda se ejerce a través de los cercamientos de la propiedad colectiva o común, de las leyes que



prohiben el acceso a los recursos y por las políticas de privatización. Forman el núcleo duro del (neo)imperialismo.

La importancia dada al concepto de “utilidad pública” y de “aprovechamiento compartido” enfrenta nuestra autora a la doctrina clásica del liberalismo político, atrapado en su arrogancia y en su desprecio de la solidaridad y la cooperación. Su impronta de género no es casual: “la concepción de la libertad como independencia tiene sus orígenes en el patriarcado capitalista y atribuye una autosuficiencia ficticia a aquellos hombres poderosos que son dueños de capital y de propiedades – aún siendo, de hecho, dependientes de las mujeres, de los agricultores, de los trabajadores y de otras culturas y especies.- Más aún: estos hombres pueden llegar a vivir el espejismo de que aquellos y aquellas a quienes explotan y sobre quienes se sustentan, dependen de ellos en realidad. No es de extrañar. El patriarcado nos presenta a las mujeres como seres dependientes. El imperialismo se proyecta a sí mismo como liberador: los colonizados dependen del imperio para conseguir su libertad y su liberación. La incapacidad de apreciar el papel de los otros y las otras acaba dando como resultado un poder, una dominación y una violencia arrogantes. Esta ceguera y esta inconsistencia altaneras son las que dan pie a que, desde iniciativas tales como el Proyecto para el nuevo siglo estadounidense (PNAC en sus iniciales en inglés) se llegue a afirmar que el “liderazgo estadounidense es bueno tanto para Estados Unidos como para el mundo y requiere fortaleza militar, energía diplomática y compromiso con unos principios morales” (p. 138). El análisis de género tiene pues que transformarse o ampliarse, tiene que ir más allá del nivel doméstico para abordar las bases de género de la política a nivel global, pero además, tiene que dejar de presentar a las mujeres como víctimas finales de un largo proceso de violencia para prestar atención a sus preocupaciones, sus prioridades y sus percepciones. No en último término las luchas de las mujeres pobres, sus exigencias y sus resistencias forman el entramado fino del libro, que entronca este trabajo con los trabajos anteriores sobre ecofeminismo.



Otra dimensión de gran importancia en la reflexión que Vh. Shiva nos propone sobre la globalización y sus alternativas, se centra en el papel del Estado. Se insiste repetidamente en que éste es un actor insustituible en todo el proceso de la globalización hasta el punto de que su papel como agente del proceso domina sobre su carácter democrático representativo. Y eso por dos vías algo distintas: por un lado al desregular el comercio a nivel nacional, se traslada el centro de decisión sobre los aspectos decisivos de nuestra vida a agencias supra-gubernamentales sobre las que los gobiernos tienen escasa capacidad de decisión: la OMC, el Banco Mundial, el FMI, ... Unas elecciones pueden cambiar el signo del partido en el poder en un determinado país e incluso en un conjunto de países, la Unión europea por ej. y sin embargo ese cambio afectará poco a las grandes compañías y a las reglas del mercado globalizado que se deciden en un espacio diferente. Las democracias representativas nacionales son incapaces de incidir activamente en contra de ese proceso al que prefieren plegarse presentándolo ideológicamente como un proceso “natural e inevitable”. Pero por otra parte, los gobiernos locales, inclusive los nacionales o regionales se convierten en agentes activos de la globalización empresarial, pugnando por atraer inversiones a sus territorios con el señuelo de que redundarán en puestos de trabajo, en mayores impuestos o en

mejoras para la zona. Se desregula en beneficio de las grandes empresas y en cambio, en muchas ocasiones se regula en demasía las pequeñas. En el libro que estoy comentando se denuncia sin piedad esa confusión reclamando una nueva forma de democracia: aquella que se nutre de las iniciativas de las poblaciones a partir de su recuperación de la capacidad de actuar y decidir. En vez de “democracia representativa” se aboga por una concepción de la política democrática como alianza entre los movimientos sociales y los agentes gubernativos, de modo que éstos, en vez de anteponer los intereses de las empresas a los de la población, diciendo actuar “en nombre y por el bien de ésta”, actúen en concordancia con los movimientos sociales en la salvaguarda de los intereses vitales de la población, expulsando si es necesario, a tal o cual empresa depredadora y ayudando a las economías y democracias “vivas” a sostenerse y ampliarse. Para eso es necesario, como ella dice, reinventar la ciudadanía y mantener “las tierras comunes”; reinventar los gobiernos deshabilitándolos para proteger a las grandes sociedades anónimas empresariales, y reinventar las instituciones globales (p. 106-7). Sólo así, reinventando la democracia, seremos capaces de sustraernos al dominio y la impotencia.



El libro de V. Shiva supone pues, a mi parecer, un alegato fundado y contundente contra el orden dominante, basado en un conocimiento de primera mano de los movimientos de resistencia en un país de la importancia de la India, unido a una atención prolongada y un saber nada desdeñable, de los problemas de la agricultura, la alimentación y la bio-diversidad. En este sentido constituye un auténtico manifiesto para el nuevo siglo XXI.

